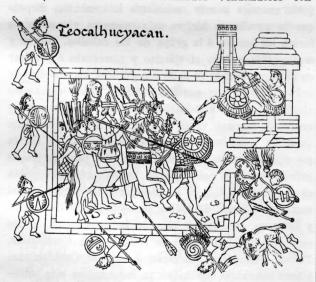
CAPÍTULO XI

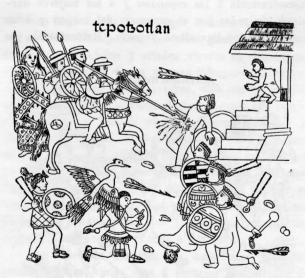
Combate en Cuauhximálpan. — Paso á Teocalhueyácan. — Dirección de la retirada — Tepotzotlán. — Aychcualco. — Aztaquemécan. —
Tonaníxpan. — Batalla de Otumba. — Muerte de Matlatzincátzin. — Derrota de los indios. — Verdadero nombre de la batalla de Temalacatitlán. — Penetra Cortés en tierras de Tlaxcalla. — Recibimiento que le hicieron en Xaltelolco y Hueyotlípan. — Entrada en Tlaxcalla. — Estado del ejército español — Muerte de Yuste y su comitiva, de Alcántara y otros españoles. — Se conserva la tranquilidad en el Totonacápan y en la Villa Rica. — Coronación de Cuitlahuac. — Contiendas civiles. — Reposición de la ciudad. — Reorganización del gobierno — Nuevos reyes de Texcoco y Tlacópan. — Renovación de la liga del Anáhuac. — Embajada á Tlaxcalla — Opinión sobre la conducta de los tlaxcalteca. — Cortés recibe refuerzos. — Situación de Cortés y su ejército. — Conquista de Tepeyacac — Se funda la villa de Segura de la Frontera. — Objeto político del Conquistador. — Aumenta su ejército con refuerzos llegados nuevamente. — Campañas de Cuauhquechóllan é Itzócan. — Vuelta á Tlaxcalla. — Muerte de Cuitlahuac. — Nombramiento de Cuauhtemoc — Descripción de su persona. — Disensiones en México. — Construcción de los bergantines. — Bautismo del hijo de Maxixcátzin y de Xicoténcatl el viejo. — Alarde de las fuerzas españolas. — Ordenanzas de Cortés y política que revelan. — Alarde del ejército aliado. — Marcha sobre México. — Camino de la montaña. — Entrada en Texcoco. — Coanacóchtzin se retira á México. — Alaque según el lienzo de Tlaxcalla y defensa del paso de Matlatzinco. — Trabajos emprendidos por Cuauhtemoc. — Embajada al cazonci Zuangua. — Muerte de Zuangua y coronación de Zinzicha. — Niega éste el auxilio á México y manda sacrificar á los embajadores de Cuauhtemoc.

Sigamos á Cortés en su retirada, y en medio de tanta noticia confusa sírvanos de guía el lienzo de Tlax-calla. En Cuauhximálpan habían podido descansar algo los españoles á pesar de la refriega de todo el día: de un pueblo cercano de otomíes les habían llevado alimentos; curaron á los lastimados vendándoles con

fueron sentidos, y los indios comenzaron á batirlos hasta de día. Era el 2 de julio y lo pasaron combatiendo, hasta que al caer la tarde pudieron ganar otro cerro con otro templo, llamado Teocalhueyácan, donde se hicieron fuertes y donde, según la pintura, los siguieron atacando. Este sí es el cerro en el cual se



mantas las heridas, y como al llegar la noche cesó el ataque, lograron reposar los más entregándose al sueño, si bien se remudaban constantemente las velas. A media noche Cortés levantó á sus soldados, y encendiendo grandes lumbradas para hacer creer á los contrarios que aun permanecían allí, emprendieron la marcha guiados por un tlaxcalteca conocedor del terreno. Pero



levantó el santuario de los Remedios. Como se ve, poco había avanzado el ejército. Recogióse, sin embargo, en aquel lugar fuerte y logró tomar descanso hasta la mitad del día siguiente. Su camino estaba bien indicado, seguir los lomeríos del poniente del Valle en dirección del norte para alejarse lo más posible de México y ganar el rumbo de Tlaxcalla.

Siempre en orden de guerra y peleando constantemente con huestes indias que por todas partes los atacaban, sin comer más que maíz tostado y cocido y hierbas del camino, y llevando á los heridos á las ancas de los caballos, hicieron los españoles y tlaxcalteca el día 3 jornada hasta Tepotzolán, en donde tuvieron que entrar combatiendo. La marcha fué de más de siete leguas; pero ya estaba el ejército del otro lado de la laguna de Tzompanco, y en un pueblo abundante de provisiones, por lo cual descansó ahí todo el miércoles 4.

El 5 de julio y siempre combatidos en su marcha y siguiendo ya de poniente á oriente, llegaron las

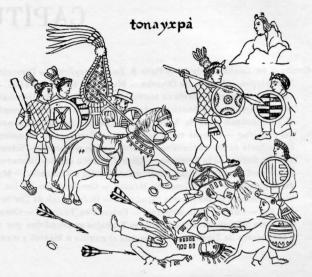


tropas de Cortés á Aychcualco. La pintura representa expresivamente á los españoles y á las mujeres durmiendo fatigados por el cansancio del camino y á un jinete y varios tlaxcalteca velando. Habían tenido por



más seguridad que encumbrar en su marcha por cerros y pedreñales. El 6 de julio, no bien había emprendido su marcha el ejército, cuando comenzaron á atacarlo por la retaguardia, por lo cual se refugió á las dos

leguas en un pueblo llamado Aztaquemécan, y habiendo salido Cortés á pelear con los contrarios que en gran número se presentaban detrás de un cerro, tuvo cinco españoles heridos y otros tantos caballos, y un caballo muerto que descuartizaron, como se ve en la pintura, y el cual dice Cortés fué la primera carne que comieron desde su salida de México. No creyéndose seguro en aquel pueblo porque estaba en la llanura, el ejército fué



á pernoctar en el lomerío en un lugar llamado Tonaníxpan. Había salido ya del Valle.

A la mañana siguiente, sábado 7 de julio, como Cortés tenía que bajar de las laderas que corren por el norte del valle de Otómpan y atravesar la llanura para tomar el camino de Tlaxcalla, y cada día aumentaba la gente enemiga y más reciamente lo combatía, dispuso que la marcha se hiciera más compacta y que ya no fuesen los heridos á la grupa de los caballos. Legua y media había andado el ejército y comenzaba á penetrar en el llano, cuando se halló con grandes escuadrones de indios tendidos por aquellos campos, dando espantosos alaridos y voces y saltos, blandiendo las macanas y arrojando muchas varas y piedras. En un momento quedaron rodeados y envueltos los soldados de Cortés por aquella multitud de contrarios. La pequeña hueste parecía, según la bella imagen de Sahagún, una goleta en el mar combatida de las olas por todas partes. Aquel numeroso ejército de indios se componía de los mexica y tepaneca que habían seguido la persecución de los españoles y de los aliados de Tlalnepantla, Cuauhtitlán, Tóllan, Tenayócan, Otómpan y todo el Cuauhtlálpan, y para reforzarlo marchaban ya escuadrones más numerosos de mexica y tepaneca, chalca, xochimilca y acolhua. En tal aprieto la táctica de Cortés fué marchar en grupo compacto abriéndose paso con avances de la caballería, procurando más defenderse que hacer daño. Varias veces los indios habían hecho replegar los jinetes al abrigo de los peones: el mal que las espadas españolas les causaba era de poca importancia, y cualquiera

pérdida se cubría por mayor cantidad de guerreros que entraban en combate. Duraba ya la brega cuatro horas, y para fortuna de Cortés aquella multitud era un conjunto desorganizado y no llegaba el ejército aguerrido y ordenado que de México enviaba Cuitlahuac. Sin embargo, con el cansancio del combate y con ver tal número de enemigos, los españoles comenzaban á desmayar: crevó Cortés necesario hacer un esfuerzo supremo, y como viese en un cerrillo á un guerrero que empuñaba un estandarte, el cual estaba cargado en andas por principales y rodeado de numerosa guardia y aparecía como jefe y centro de la batalla, mandó cargar sobre él. Según el señor Orozco era el Cihuacoatl que empuñaba el tlahuizmatlaxopilli ó gran estandarte, compuesto de una asta de cuya punta superior colgaba una red de oro. Nosotros encontramos en el manuscrito de Chimalpain que Cuitlahuac había nombrado Cihuacoatl á Matlatzincátzin, y como el jeroglífico de éste debía tener necesariamente una red, creemos que al leer las pinturas se tomó su nombre por bandera. Este Matlatzincátzin aparece en el manuscrito como hermano de Cuitlahuac. Sea lo que fuere, Cortés, montando en un recio potro que traía un soldado ó Juan Salamanca, como quiere Bernal Díaz, con Sandoval, Olid, Ávila y Domínguez, cayó sobre aquel jefe guerrero, y con el encuentro del caballo lo derribó de las andas y ahí le arrancaron la vida. Desconcertó de tal manera á los indios la muerte de su jefe, que comenzaron á desamparar el campo y á huir. Cortés mandó entonces cargar á la caballería, y con esto á poco había obtenido la victoria. La nueva llegó al ejército que enviaba Cuitlahuac, y con ella se volvió y desbarató. Se cuenta que en esa batalla perecieron



Batalla de Otumba

casi todos los tlaxcalteca, distinguiéndose por su valor Calmecahua, hermano de Maxixcátzin. De los españoles

quedaron cuatrocientos cuarenta peones, veinte caballos, doce ballesteros y siete escopeteros: Como se ve, grandes fueron las pérdidas y reñido el combate: se exagera mucho el número de los contrarios y sus muertos. Generalmente se llama esta batalla de Otumba; pero el lienzo de Tlaxcalla nos da el verdadero nombre del lugar donde se verificó, y es Temalacatitlán.

Cortés estaba salvado, pero por mayor seguridad continuó la marcha y fué á pernoctar en unos campos, en los cuales se levantaba una casa que de abrigo le sirvió, y desde donde ya se veía la hermosa sierra de Matlalcueye. Aunque todavía perseguida de lejos, el siguiente día, domingo 8 de julio, penetró al fin la hueste española en tierras de Tlaxcalla, y se vió libre de contrarios. Según



el lienzo llegó Cortés á un lugar llamado Xaltelolco, y su tecuhtli Citlalpopoca le hizo gran recibimiento, dando á los españoles y aliados víveres en abundancia. Bien lo necesitaban, y la pintura lo representa expresivamente, no sólo con los víveres, sino con los caballos comiendo abundante pastura. Debemos creer que siguieron á rendir la jornada en Hueyotlípan, pues así lo dice Cortés, llamando al pueblo Gualipán. En la pintura se ven los mantenimientos en grandísima cantidad y á los señores del lugar saliendo á recibir á los españoles. Después de tres días de descanso, entró el ejército en Tlaxcalla, donde fué muy bien recibido, y especialmente Cortés por Maxixcátzin, que lo alojó en su palacio, alojando Xicoténcatl en el suyo á Alvarado.

Los españoles llegaban tan maltrechos, que fué preciso dedicar varios días á curarse: las heridas de Cortés se habían empeorado mucho, en especial las de la cabeza y de la mano izquierda, y aunque aquéllas sanaron, quedó manco de dos dedos de ésta. Cuatro soldados murieron y otros quedaron mancos y cojos y estropeados. Se aumentó la pena de Cortés con saber que Yuste con los heridos y enfermos que había dejado en Tlaxcalla en guarda del tesoro de Cempuállan y de

lo recogido por Velázquez de Leon en Tochtepec, con cinco jinetes y cuarenta y cinco peones, haciendo un total de setenta y dos españoles, cinco mujeres castellanas y un hijo de Maxixcátzin, habían tomado el camino de México no sabiendo su derrota, y habían sido muertos. También lo fueron Juan de Alcántara y tres vecinos de la Villa Rica que iban por sus porciones del tesoro y no pocos que andaban dispersos por los caminos. En



cambio supo Cortés por los emisarios que inmediatamente mandó á la Vera Cruz, que la guarnición no tenía novedad y que el Totonacápan estaba tranquilo.

Dejemos al capitán español en Tlaxcalla y volvamos á México. Vimos que á la muerte de Moteczuma se designó por su sucesor á Cuitlahuac y que el gran



Vuelta de Cortés á Tlaxcalla

sacerdote lo consagró; pero no pudieron hacerse desde luego las fiestas de su coronación. Tuvo primero que atender á combatir á los españoles refugiados en el cuartel y á mandar fuerzas que batiesen á Cortés en su retirada, y después de la batalla de Otumba se suscitó la discordia intestina dentro de la misma México. Los fieles quisieron castigar á los que habían auxiliado á

los españoles, y como éstos fueran muchos se alzaron en armas: no duró poco la contienda, y en ella fueron vencidos los partidarios de la paz con Cortés, entre ellos Cihuacohuátzin, Cihuapopocátzin, Cipocatli y Tencuecuenótzin, hijos unos y hermanos otros de Moteczuma. Procedióse entonces á reparar la ciudad y especialmente el gran teocalli. Se reorganizó el gobierno, se nombraron los grandes dignatarios y entre ellos Cihuaccoatl al valeroso Atlacótzin, nieto de Tlacaelel, á quien correspondía tal puesto. Cuauhtemoc, educado en el Calmecac, fué nombrado sumo sacerdote ó Teotecuhtli. Ocupó el trono de Tlacópan Tetlepanquetzáltzin, y el de Texcoco, por ser aún muy niño Yohyóntzin, hijo de Netzahualpilli, se dió á Coanacóchtzin.

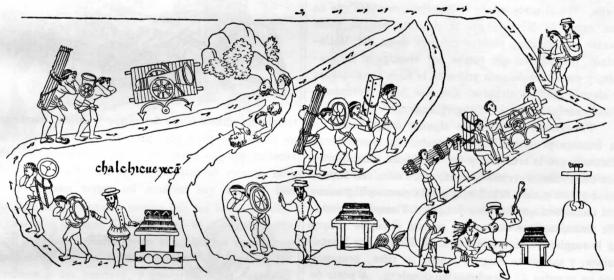
En todo esto habían pasado las veintenas ó meses Tecuhilhuitontli, Hueytecuilhuitl, Tlaxochimaco y Xocohuetzi, y en Ochpaniztli se verificaron las fiestas de coronación y se celebró la restauración de la liga del Anahuac. En ellas se hicieron numerosos sacrificios, contándose los de los prisioneros españoles y los caballos, cuyas cabezas se pusieron en el gran Tzompantli, una de un español y una de un caballo, porque los caballos viesen allí las cabezas de los otros caballos.

Mientras las tres grandes señorías del Anahuac fortalecían sus ciudades y reorganizaban sus ejércitos, una buena política les aconsejó enviar embajadas para hacerse de aliados; pero aquellos pueblos se consideraban felices con verse libres del yugo mexica, y los enviados de Cuitlahuac no volvieron con respuestas favorables.

Decidióse entonces enviar embajada á Tlaxcalla y proponer perpetua y firme alianza y olvido de los pasa-

dos agravios, á condición de unirse todos para expulsar á los españoles. Los señores de Tlaxcalla oyeron á los embajadores mexica y después los hicieron salir para deliberar. Cortés, á su vuelta, había cuidado de ajustar en toda forma alianza con los cuatro señores Maxixcátzin, Xicoténcatl, Tzihuacoácatl y Tlahuexolótzin. Las bases del convenio eran: que le diesen socorro y ayuda de gente, armas y comida para hacer la guerra de México y que él les prometía, en nombre del rey de España, darles Cholóllan con sus pueblos, partir con ellos todo lo que se conquistase y ganase, que ellos y sus sucesores quedarían para siempre libres de todo tributo y entregarles la fortaleza que en México se levantara. Natural era por lo mismo que los señores de Tlaxcalla rechazasen la alianza de los mexica, á pesar de que la defendió valerosamente el joven Xico-

téncatl Axayacátzin, quien asistía al Consejo como jefe guerrero de los ejércitos del señorío. Por este motivo es general costumbre acusar á los tlaxcalteca de traidores. El error ha consistido en tomar por una sola patria la extensión que forma hoy nuestro actual territorio. En esa tierra había muchas nacionalidades, si así pueden llamarse, de razas diferentes y sin ningún punto de contacto entre sí, y en gran número otras, que aunque procedían de un origen común, constituían gobiernos separados y no pocas veces enemigos. Tlaxcalla no solamente era una nación completamente diversa de México, sino contraria constante é incansable de los pueblos del Anahuac. Llamar á su alianza con los españoles traición, sería lo mismo que decir traidora á España porque se ligó con los ingleses para combatir á las huestes de Napoleón, que eran como ella de la



Traen á Cortés de la Vera Cruz cañones y armas

misma raza latina. Confesaremos sí que hubo gran torpeza; los tlaxcalteca debieron comprender que á la pérdida de los mexica era segura la suya y que las promesas de Cortés se desvanecerían como el humo, cuando triunfante conquistador no necesitara ya de ellos: bajo este concepto debemos dar la razón á Xicoténcatl el mozo.

Hecho y afirmado el concierto con los tlaxcalteca, Cortés debía pensar en salir de la ciudad. Ya desde su llegada había pedido refuerzos á la Villa Rica, y aunque se dice que sólo le llegaron siete peones con el capitán Lencero, no debemos olvidar que en ella había dejado doscientos peones, otros tantos marineros y algunos caballos y cañones. Refiere, además, Sahagún que en aquella sazón desembarcó un capitán español llamado Francisco Hernández, y se fué luego á Tlaxcalla con toda su gente y munición de artillería y copia de caballos. Sea lo que fuere, auxilio de este capitán ó de la Villa Rica, en el lienzo de Tlaxcalla encontra-

mos en este lugar que los indios trajeron cañones por la montaña, en la pintura se cuentan tres, y muchas cargas de material de guerra, según de suponer es, pues de otra clase no hacía falta á los españoles. El camino de la montaña indica que huyendo de los llanos para evitar peligros, siguieron el Totonacápan. También cargan anclas que la previsión de Cortés había pedido. El nombre marcado en la pintura es Chalchicueyécan, lo cual es lo mismo que Chalchiuhcuécan ó sea el puerto frente á Ulúa; se ven algunos ahogados al pasar un río, á un español llevado á cuestas por un indio y una casa con una cruz simbolizando el nombre del español Santa Cruz, quien apalea á un indio, episodio que no conocemos. De todos modos resulta que Cortés recibió refuerzo de hombres, caballos y cañones.

Después de estar veinte días en Tlaxcalla, Cortés salió al empezar agosto, y lo movieron á ello varias razones. Los soldados de Narváez que habían sobrevivido, v entre ellos el mismo Duero, pretendían abandonar la conquista y volverse á la Villa Rica; comprendió que no era conveniente que su ejército viviese sobre Tlaxcalla, sino sobre país enemigo; quería, además, hacer efectivo su pacto con los tlaxcalteca, llevándolos á triunfos y conquistas para afianzarlo más. Pero principalmente vemos en su conducta un gran pensamiento político y otro estratégico no menos importante. Estaba unido á la costa y á la Villa Rica por las montañas del Totonacápan; necesitaba estarlo también por la llanura, sujetando los importantes pueblos en ella esparcidos. De esta manera, además, formaba una especie de señorío propio, que lo hacía superior á los tlaxcalteca dentro de su mismo territorio y le proporcionaba nueva y amplísima base de operaciones, consiguiendo también cortar á los mexica en toda esa línea y privarlos de todo auxilio que quisiera llegarles por el oriente del Valle. Por el norte estaba el Huaxtecápan, país que no era amigo de México; por el poniente apenas podía contar con algunos pueblos no muy fieles del Matlatzinco, teniendo en ese rumbo por enemigo al Michuacán, y por el sur de poco provecho le sería Cuauhuahuac y algunos señoríos tlahuica. Con ese hábil movimiento Cortés verdaderamente aislaba el Anahuac.

Pretextando venganza de algunos daños hechos en la frontera y dejando cierta cantidad de españoles en Tlaxcalla con la artillería y los arcabuces, salió Cortés con cuatrocientos veinte peones, entre ellos seis ballesteros y diez y siete caballos, y á más cinco mil guerreros tlaxcalteca que llevaban por jefe á Tianquiztatoátzin. En Tzompantzinco acampó el ejército el primer día, y se le reunieron los contingentes de Cholóllan y Huexotzinco, y aunque se exagera mucho su cifra, pensamos que no pasarían de unos tres mil hombres. A pesar de los graves cuidados de Cuitlahuac, y no obstante que



México estaba padeciendo gran peste de viruelas llevada por los soldados de Narváez que de las islas la habían traído, había puesto cuidadoso un cuerpo de ejército en

la frontera en observación de los movimientos de Cortés, el cual, sintiendo la marcha de españoles y tlaxcalteca cuando salieron de Tzompantzinco, se situó sobre su camino en Zacatepec, emboscándose en unos maizales. La sorpresa fué grande, y aunque el ejército de Cortés hizo mucho daño en los mexica, también lo sufrió y quedó cortado; pues fué necesario que Alonso de Ojeda



tomara un edificio lejano del campo y encima enarbolara un estandarte para que, guiándose por él Cortés, se reuniera con los suyos ya al caer la tarde. Llevaba gran número de prisioneros, y como diga el cronista real Herrera que tuvieron los indios amigos aquella



noche buena cena de brazos y piernas, comprenderemos que Cortés, usando de prudencia, no trataba por entonces cuestiones religiosas, se hacía ciego á los sacrificios humanos y toleraba el canibalismo. El hecho consta bien comprobado en la residencia de Cortés.

El ejército dió al día siguiente sobre Quecholác y siguió después sobre Acatzinco, quemando en el tránsito los pueblos de la comarca. Tomada la ciudad, que sus habitantes abandonaron después de salir á pelear al campo y ser ahí vencidos, se alojó en ella Cortés por cinco días, durante los cuales mandó partidas á merodear. Su principal mira era apoderarse de Tepeyacac, (Tepeaca), centro de aquellas llanuras que forman hoy parte del Estado de Puebla, y siguiendo su costumbre de requerimientos y embajadas intimó á sus habitantes se le sujetasen, y que de lo contrario los batiría y tomaría por esclavos, por rebeldes al rey de España, por matar á los españoles y comer carne humana. Como los de Tepeyacac contestaran resueltamente que no se rendirían, se dió al día siguiente cruda batalla en unos campos de maíz y magueyales, quedando derro-



tados aquéllos y el auxilio mexica que les había llegado. Los españoles tuvieron doce heridos, un caballo muerto y otro lastimado. Entrando en el pueblo los vencedores lo saquearon; de los muchos cautivos se llevaron los tlaxcalteca á los hombres, y quedaron á los españoles las mujeres y niños. Tan rico botín alegró á los de la ciudad de Tlaxcalla y afirmó su alianza con Cortés.

Era Tepeyacac el centro de los caminos de la costa y de los que iban á México, y como no estaba lejos de Tlaxcalla, fundando allí una villa conseguía Cortés enseñorearse de la comarca: así es que procedió á su fundación nombrando alcaldes á Pedro Ircio y Luis Marín, regidores á Cristóbal Corral, Francisco de Orozco, Francisco de Solís y Cristóbal Ruiz de Gamboa y escribano á Alonso de Villanueva. Dióse pregón á 4 de setiembre de 1520 para poblar la villa que se denominó Segura de la Frontera, y se estableció en el llano, al pié de la indígena, que quedaba en las vecinas alturas, y se construyó una fortaleza y el rollo que existe todavía, construcción octogonal de unos cinco metros de altura para servir de picota. Allí se herraron por primera vez á los indios por esclavos con una G, que quería decir guerra. Y allí también, á 30 de octubre, escribió Cortés su carta á Carlos V.

Su buena fortuna hizo que por entonces le llegaran varios refuerzos, muy importantes en aquellas circuns-

tancias. Primero fueron Pedro Barba y trece soldados con un caballo y una yegua, los cuales habían venido en una nao con cartas de Velázquez para Narvaez, mandándole remitiese á Cortés, pues ya lo creía preso. Pedro Barba y los suyos, que llegaron á Tepeyacac presos por los de la Villa Rica, hiciéronse amigos de Cortés por el buen trato de éste, y el primero quedó de capitán de ballesteros. Ocho días después llegaron,



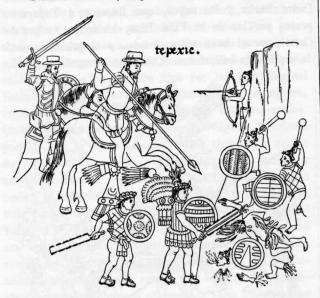
fueron igualmente presos y remitidos á Tepeyacac, y bien tratados se tornaron amigos de Cortés, Rodrigo Morejón de Lobera y ocho soldados con seis ballestas, mucho hilo para cuerdas y una yegua. Llegaron también algunos soldados de Garay derrotados en el Pánuco. En octubre llegó al puerto una carabela, igualmente de Garay, con Miguel Díaz de Auz, cincuenta peones y



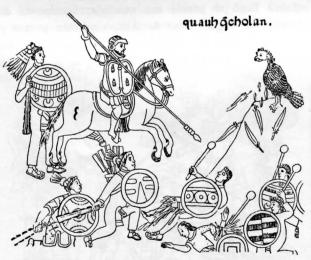
siete caballos, los cuales se pusieron á las órdenes de Cortés, y llegó, en fin, otra carabela con un Ramírez y ciento veinte peones; todo lo cual aumentó oportunamente el ejército de Cortés.

Con esos refuerzos y para enseñorearse por completo de la comarca, salieron varias expediciones sobre los pueblos más importantes: se tomaron por la fuerza los de Tecamachalco, Cuauhtinchán y Tepexic, siendo el jefe de los españoles y tlaxcalteca Cristóbal de Olid.

Para redondear, digámoslo así, el territorio que



debía depender de Segura de la Frontera y completar el aislamiento de los pueblos del Anahuac, era necesario ocupar las poblaciones de Cuauhquechóllan é Itzócan. En la primera expedición de Cortés, desde su desembarque hasta la Noche Triste, se nos presenta audaz é impaciente; todo lo dejaba á su propio valor y á su buena fortuna, y veleidosa ésta destruyó en un momento el edificio sin base levantado por el atre-



vido conquistador; pero desde su retirada y en esta segunda campaña, aparece Cortés paciente y juicioso y sustituyendo á la impremeditada audacia un cálculo firme y bien combinado. Antes había sido el aventurero osado, siempre con rasgos de buen guerrero y buen político; después fué ya el gran capitán y el diestro gobernante, sin que por eso le faltasen ni aventuras ni osadías.

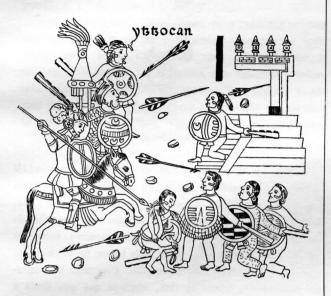
Si debiéramos creer al pié de la letra lo que dicen

las crónicas, los mismos habitantes de Cuauhquechóllan habrían mandado emisarios á Cortés quejándose de un ejército de treinta mil mexica enviados para oprimirlos y despojarlos é impedir su sujeción á los españoles, por lo cual salieron á batir á ese ejército intruso Ordáz y Ávila con trece jinetes, doscientos peones y treinta mil aliados. Reduzcamos la cifra de mexica y tlaxcalteca á tres mil por cada parte, y aceptemos que los primeros estaban en Cuauhquechóllan para oponerse á los avances de Cortés y que éste había entrado en convenios con los habitantes del lugar. La ciudad era fuerte, pues á más de estar arrimada á una altura áspera y cercada por dos ríos de lechos profundos y pasos difíciles, la guardaba un muro de cal y canto á la raíz del suelo por dentro, pero de cuatro estados de alto á la parte exterior con un pretil para pelear y con sólo cuatro entradas angostas y fáciles de defender. Los capitanes de la fuerza, por temor de traiciones ó de lo fuerte del punto, retrocedieron á Cholóllan; pero Cortés marchó á ponerse al frente de la expedición. Había ya combinado de antemano con los habitantes del pueblo, que mientras él atacaba caerían ellos sobre los mexica, y poco antes de llegar le avisaron unos mensajeros de la prisión de los espías puestos en el camino y de las centinelas del teocalli, lo cual había pasado sin ser advertido por los mexica. Con esto se adelantó rápidamente sobre la ciudad, mientras sus habitantes, tomando las armas, caían de improviso sobre los guerreros dispersos en las calles: penetraron los españoles en medio de ese combate, dando por resultado la muerte de toda la guarnición mexica, pues nadie quiso rendirse, y sólo pudo tomarse prisionero á un jefe casi muerto. Los mexica acampados fuera de la ciudad acudieron en auxilio de los suyos, y lograron penetrar en el pueblo, poniendo fuego á algunas casas y dando muerte á sus moradores; pero Cortés les salió al encuentro, y rechazándolos los persiguió hasta su campamento desalojándolos de él. Esta victoria produjo, además, la sumisión del pueblo de Ocuituco, situado al pié del Popocatépetl.

De ahí marchó el ejército para Itzócan, hoy Izúcar, cuyo tecuhtli era pariente de Cuitlahuac, y donde también había guarnición mexica. Seguían á la hueste millares de merodeadores al husmo de los despojos. La guarnición se componía de unos seis mil guerreros; pero les fueron tomadas sucesivamente la entrada, las calles donde se defendieron, y las alturas de los teocalli, y fueron aún perseguidos los fugitivos por más de legua y media. La ciudad fué entrada á saco, quemados sus muchos templos, y sus habitantes quedaron por esclavos.

Cortés era diestro en su conducta: en la batalla lanzaba á los indios aliados á pelear con los indios enemigos, y él decidía la victoria con sus soldados, los cuales, por lo mismo, eran los que menos sufrían. Los pueblos contrarios eran destruídos, saqueados, y esclavizados sus moradores: esto por una parte estaba

en las costumbres de aquellas regiones y halagaba por el cuantioso botín á los aliados, y por otra retraía á muchas poblaciones de ser enemigas de los españoles, por temor de correr igual suerte. Así se sujetaron después de la toma de Itzócan, Cuauhxotzinco y ocho pueblos de la región de Coaixtlahuacan, cercanos á



Zozolla y Tamazóllan, reconocidos ya como productores de oro. Como tales pueblos pertenecían al Mixtecápan, Cortés había logrado al fin aislar á los mexica. Todas las conquistas las conservaban sus aliados, y él dominaba desde la villa española de Segura de la Frontera, haciéndose superior á su amiga la señoría de Tlaxcalla, y conservando por suya la tierra hasta la costa.

Cortés desde la Noche Triste había empleado unos once ó doce días en llegar á Tlaxcalla, donde entró hacia el 12 de julio; salió á sus expediciones á principios de agosto, y á mediados ocupó Tepeyacac; empleó el resto del mes en fundar la villa de Segura de la Frontera, y á principios de setiembre se estableció en ella, y este mes y el siguiente de octubre los dedicó á hacer las conquistas relatadas. Encontrábase su ejército rico de botín, de esclavos y de provisiones que de todas partes le llevaban; y sobre todo de esperanzas que renacían con el atractivo de volver á México. Por eso Cortés, creyendo ya segura la conquista, puso á la tierra en aquella sazón por nombre Nueva España, y escribió su relación á Carlos V; carta que llevó Alonso de Mendoza, quien no salió hasta el 5 de marzo de 1521, porque vientos contrarios echaron á pique las tres naves aparejadas al intento; razón por la cual tampoco salieron para las islas los comisionados que se habían destinado á traer socorros.

No pudo, sin embargo, Cortés marchar por entonces á Tlaxcalla para salir sobre México, porque quiso dejar asegurados los pueblos de la costa; tanto más que los dos importantes de Xocotla y Xalatzinco, que quedaban en uno de los caminos para la Villa Rica, se habían

alzado. No es de creer que se hubiesen presentado en ellos fuerzas mexica como dice Cortés, pues va entonces, cortadas como estaban las comunicaciones del Valle, no habrían podido llegar hasta allí. Debióse tal levantamiento sin duda á la alarma causada en las poblaciones de ese rumbo por la expedición salida á las órdenes de Salcedo para Tochtepec. Siendo esta ciudad un gran centro mercantil, no puede ocultarse la importancia de ocuparla; á más del buen tributo que podía dar, y de su posición geográfica, pues completaba el cuadro del territorio de la costa á los llanos de Tlaxcalla é Itzócan. Salcedo fué derrotado y muertos todos los españoles que con él iban. Salieron en seguida Ordáz y Ávila con algunos caballos, doscientos peones y buen número de aliados, y tras de fuerte resistencia entraron en Tochtepec, y volvieron con gran botín de oro, ropas y esclavos. A su vez Gonzalo de Sandoval salió con veinte jinetes, doscientos peones y numerosos aliados sobre Xocotla y Xalatzinco, y volvió victorioso con mucho oro y bastantes esclavos. Todavía podemos agregar la toma de Tecalco.

En todo esto pasaron los meses de noviembre y diciembre, pues Sandoval volvió á Tlaxcalla el 22 de este último; pero ya Cortés se había venido á esa ciudad mediando el mes, dejando en la villa de Segura un capitán con sesenta soldados españoles. Antes de salir de la villa había mandado Cortés que los soldados presentaran el oro y los esclavos que tenían, asegurándoles que de aquél les daría la tercera parte, y que quería á éstos para herrarlos y sacar su quinto y el del rey. El oro no se entregó; pero en el herrar los esclavos hubo tan mala fe, que no sólo se álzaron murmuraciones, sino que los soldados hicieron vehementes reproches á Cortés. Hacia esa época creemos que se entablaron las relaciones amorosas de éste y de Marina.



Reinado de Cuitlahuac.-Mapa de Tepéchpan

Veamos lo que entre tanto había pasado en México. Cuitlahuac, como ya hemos dicho, había vencido á los españoles refugiados en el cuartel mandado fuerzas en persecución de Cortés, triunfado de las disensiones civiles, restaurado la ciudad y reorganizado el gobierno y la triple alianza del Anahuac. Inútiles habían sido sus esfuerzos para atraerse aliados, y sus embajadas no dieron resultado, como tampoco lo dieron y fueron igualmente inútiles los refuerzos enviados á las ciudades amigas del otro lado de las montañas del Valle, pues hemos visto que fueron batidas sucesivamente por el ejército de Cortés. Para aumentar las desgracias se había desarrollado en el Valle una gran peste de viruelas, traídas de las islas por los soldados de Narváez: y



Símbolo de peste de viruelas

de la terrible enfermedad, llamada por los mexica teozahuatl ó grano de dios, murieron no sólo muchos guerreros viejos y señores principales, sino que la muerte alcanzó al mismo rey Cuitlahuac. Murió al terminar el mes Quecholli, es decir, á principios de diciembre; pero como su solemne coronación no tuvo lugar hasta la veintena Ochpaniztli, los jeroglíficos sólo le computan ochenta días de reinado. Murió de cuarenta y cuatro años, de uno menos que su hermano Moteczuma. Al coronarse tomó para reina á Tecuichpoch, más bien como prometida que como mujer, pues la niña sólo tenía diez años; y por lo mismo no dejó descendencia real, aunque sí otros varios hijos. Antes había muerto, de resultas de heridas que recibió en la confusión de la refriega de la Noche Triste, Teotlachco, la viuda de Moteczuma y madre de Tecuichpoch.

A la muerte de Cuitlahuac se hizo la declaración de *Tlacatecuhtli* en favor de Cuauhtemoc, lo cual comprueba el sistema hereditario de los mexica sostenido por nosotros: para convencerse de su verdad basta formar la genealogía de los reyes de México, y ella nos explicaría también, cómo habiéndose sucedido por las mismas leyes genealógicas en algunos casos los hermanos, por no tener el señor difunto hijos herederos ó por tenerlos aún en la menor edad, dió esto lugar al sistema erróneo generalmente admitido.

Es curioso y creyérase dispuesto por el destino, que Cuauhtemoc subiera al trono al comenzar el mes *Panquetzaliztli*, cuando se celebraba la fiesta particular de *Huitzilopochtli*, la deidad esencialmente mexica, el dios de la guerra, como es rara coincidencia que el valeroso monarca que debía caer y perderse con su pueblo, se llamase Cuauhtemoc, nombre

que significa el águila que cayó; y en efecto, su jeroglífico es una cabeza de águila con el pico hacia abajo, cual si se quisiera expresar que de la mayor altura se



Cuauhtemoc

precipita en el abismo. Era el electo el Teotecuhtli ó jefe del sacerdocio, y según nuestra cuenta joven de unos veinticinco años. Lo confirma Bernal Díaz, quien mucho lo conoció, y dice que era mancebo de hasta veinticinco años, bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado; y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban dél. Poseemos un pequeño retrato del héroe mexica, copiado del que tenía á principios del siglo pasado el fraile francisco Carlos Diéguez y Sardo, y que pasaba por original tomado del mismo personaje poco después de la Conquista. Está con su traje sacerdotal, que nunca abandonó, su tocado no está recogido hacia atrás como el general de los guerreros, pues es una como diadema de cuero rojo sobre la cual cae en la sien izquierda un mechón de cabellos, á usanza de los que eran guerreros y sacerdotes á la vez: su perfil pronunciado y sus pómulos y barba salientes revelan una voluntad inquebrantable, su frente levantada inteligencia, y su mirada fija, triste y melancólica, resolución tranquila en el cumplimiento del deber y desprecio sereno y profundo del destino. Sacerdote, acataría la voluntad de los dioses; y guerrero, pelearía hasta el último momento, hasta que no hubiese un palmo de terreno donde poner el pié para blandir la macana. Era la conclusión de Tenoch; pero ¡cosa rara! éste era un anciano expresión viva de un pueblo naciente; y Cuautemoc era un mancebo que sólo abrigaba en el alma la más grande de las esperanzas. porque en ella no hay nada que esperar, hundirse con su pueblo sin miedo en el corazón ni vergüenza en el rostro. México y su rey eran dignos el uno del otro. Cuauhtemoc escogió también para reina á la niña Tecuichpoch, cuyo dulce nombre significaba copo real de algodón, y que fué siempre el amor de sus amores.

Vimos que Cuitlahuac tardó cuatro veintenas en celebrar la ceremonia de su coronación, y con Cuauhtemoc se repite el caso: nombrado rey en el mes *Panquetzaliztli*, pasan éste, *Atemoztli*, *Tititl* é *Itzcalli*, y según el intérprete mexica del códice Aubin, se coronó

en los días nemontemi; pero como eran aciagos, y sabemos que esa ceremonia debía hacerse precisamente en signo cipactli, podemos fijar la fecha de la consagración solemne de Cuauhtemoc, undécimo rey y último emperador de los mexica, en el día 6 cipactli del mes Atlacahualco, principio del año yei Calli, que correspondió al 1.º de marzo de 1521.

¿Qué razón tuvo Cuauhtemoc para retardar ochenta días la ceremonia de su coronación? Que pasara igual tiempo para la de Cuitlahuac, nos hace suponer la existencia de alguna ley religiosa por entonces establecida. Acaso los agüeros designaron por nefasto el año ome técpatl, y se quiso esperar el principio del siguiente para tan fausto suceso. Tal vez lo estorbaron algunas

rencillas civiles, pues así se deduce de que, según Juan Cano lo comunicó á Oviedo, se mandase dar muerte á Axopacátzin, único hijo de Moteczuma que sobrevivía, por ser inepto y porque no sirviera de estorbo. Cortés habla de dos hijos, loco el uno y el otro perlático; pero alguno de ellos había muerto en la Noche Triste. En otra parte se dice que Cuauhtemoc lo mató por partidario de los españoles, y porque expresaba sin embozo su opinión de hacer las paces con Cortés. No es extraño que éste trabajara para hacerse de prosélitos entre los mexica, y que en México se formase un partido afecto á él, que buscara por jefe á un hijo de Moteczuma, á quien por amigo de los españoles habían tenido todos. En vencer esos obstáculos y purgar la



Cuauhtemoc

ciudad de traidores, debió gastar les primeros días de su reinado Cuauhtemoc. A poco, más graves preocupaciones debieron embargar su tiempo y su actividad, pues nombrado rey á los principios de diciembre, ya por entonces se preparaba Cortés á marchar sobre México.

El capitán español de antemano, como ya lo hemos visto en el Lienzo, había mandado traer de la Vera Cruz la tablazón de un bergantín; y en Tlaxcalla los indios, bajo la dirección de Martín López, ayudado de Ramírez el Viejo y Andrés Núñez, daban priesa á los trabajos en el barrio de Aténpan, imitando á maravilla todas las piezas. Santa Cruz con mil indios había ido á la Villa Rica por hierro, clavazón, áncoras, velas, jarcia, estopa y cuanto era menester; un Aguilar, llamado el Majahierro, se distinguió en los trabajos de herrería, y cuatro marineros sacaron la brea de los pinares de Huexotzinco. A activarlo todo venía Cortés á Tlaxcalla: recibido con arcos y enramadas en Cholóllan, hasta

ahí fueron á recibirlo los señores tlaxcalteca. Faltaba Maxixcátzin que había muerto de las viruelas. Se asegura que antes de morir se bautizó; Cortés no lo dice, sino solamente que dejaba un hijo de doce á trece años. á quien hizo dar el señorío de su padre. Para honrar al nuevo señor lo hizo bautizar bajo el nombre de don Lorenzo Maxixcátzin y lo armó caballero á uso de España. A su vez el viejo Xicoténcatl pidió cristianarse, y fué bautizado con gran solemnidad por fray Bartolomé de Olmedo, poniéndole don Lorenzo de Vargas. En esos días llegó noticia de la Villa Rica, de haber anclado procedente de España una nave cargada de ballestas, escopetas, pólvora, hilo para cuerdas, otras armas y tres caballos: todo lo compró Cortés, inclusa la nave, y vinieron á incorporársele el dueño Juan de Burgos, el maestro Francisco Medel y trece soldados.

El miércoles 26 de diciembre se hizo alarde de las fuerzas en la plaza del teocalli mayor de Tlaxcalla:

Cortés estaba á caballo con una ropeta de terciopelo sobre la armadura y una azagaya en la mano: pasaron primero los ballesteros, y sin rumor armaron las ballestas y las dispararon en alto, haciendo en seguida el saludo militar; presentáronse después los rodeleros, los cuales poniendo mano á la espada hicieron su acometimiento, y envainando luego hicieron reverencia; llegaron detrás los piqueros, quienes calaron á un tiempo las picas cerrando con ellas unidos y apretados; pasaron á continuación los escopeteros haciendo salva con los arcabuces; siguiéronse los nueve tiros de campo; y al fin, de dos en dos, los cuarenta caballeros, corriendo parejas y escaramuceando. El total del ejército era de quinientos cincuenta peones, entrando los piqueros y ochenta entre ballesteros y arcabuceros, cuarenta caballos y nueve piezas de artillería: de modo que contando los artilleros toda la gente apenas pasaba de seiscientos hombres. Los peones se dividieron en nueve capitanías de á sesenta hombres, y los caballos en cuatro cuadrillas de á diez.

Después del alarde Cortés arengó á sus soldados, y mandó dar lectura á unas ordenanzas que con fecha 22 había formado como capitán general y justicia mayor de la Nueva España; lo cual se hizo por ante el escribano Juan de Rivera y voz del pregonero Antón García, presentes Gonzalo de Sandoval alguacil mayor. Alonso de Prado contador, y Rodrigo Alvarez Chico veedor. Es la primera vez que se presenta Cortés dando reglas para el logro de su empresa y sustituyéndolas á la aventura, y en ellas lo vamos á ver bajo una nueva faz y caminando decidido al fin que traía. Las disposiciones militares eran: que cada soldado perteneciese á una capitanía y cada capitán tuviese tambor y bandera; que oído el toque cada cual se incorporase en su companía sin meterse nunca en el fardaje; que ningún español riñera con otro ni los de una compañía murmurasen ó se burlasen de los de otra, y que no se desmandaran al acometer ni se separaran de sus compañías. En cuanto á la cuestión económica se dió la importante disposición de que nadie entrase á saco antes de conseguido el fin de la victoria, y que todo el oro, plata, perlas, piedras, plumajes, ropa, esclavos y otras cosas que tomasen en cualquiera manera y en cualquiera parte, lo entregasen inmediatamente para poder tomar el quinto del rey y hacer justo reparto, bajo pena de muerte ó perdimiento de todos los bienes. Pero lo más importante de las ordenanzas es que en ellas se habla ya expresamente de la Conquista: hasta entonces Cortés había buscado el medio de pactos y amistades para conseguir sus fines; pero una vez seguro de su propia fuerza, con dos villas en el territorio escalonadas convenientemente, y con influencia tal en Tlaxcalla que podía decirse dueño de la mitad del señorío por el bautismo de Xicoténcatl y la adhesión del hijo de Maxixcátzin, podía ya cambiar su procedimiento y proclamar la Con-

quista. Esto lo obligaba á la sujeción de los pueblos al rey de España, y tenía facultad para ello como capitán y justicia mayor nombrado por el ayuntamiento de la Villa Rica; pero á su vez el derecho de Carlos V venía de la bula de Alejandro VI, y era necesario imponer el cristianismo. Por eso lo expresan así las ordenanzas; y hablan de la conquista que se iba á emprender, haciendo punto omiso de Tlaxcalla, por lo cual los tlaxcalteca no hubieron de alarmarse, y sí cobrar aliento al cebo del próximo botín y de la destrucción de sus enemigos los mexica. El plan estaba bien determinado, é inmediatamente se procedió á ejecutarlo.

En efecto, al siguiente jueves, 27 de diciembre, hizo alarde también la fuerza aliada, que para recibir una instrucción militar de acuerdo con la española, estaba á cargo de Alonso de Ojeda y de Juan Márquez: pasaron las músicas tocando bocinas, caracoles y otros instrumentos guerreros; en seguida los cuatro jefes de las señorías con sus estandartes de plumas y piedras preciosas á la espalda, armados de macana y chimalli, con ricas cotaras, y diademas, bezotes y orejeras de oro; después cuatro á manera de escuderos con las banderas de las señorías; luego sesenta mil flecheros, de veinte en veinte, y de trecho en trecho el capitán de cada escuadrón con su respectivo estandarte; al pasar inclinaban las banderas y disparaban sus flechas delante de Cortés, quien les devolvía el saludo tocándose la gorra; siguiéronse cuarenta mil guerreros de escudo y macana y diez mil piqueros, y todos hicieron su reverencia. Como se ve, el ejército aliado era de ciento diez mil hombres, pues se formaba no sólo de los guerreros de Tlaxcalla, sino de los de Cholóllan y Huexotzinco, de la parte conquistada del Mexticápan, de los pueblos del Totonacápan, v de las numerosas señorías sujetas desde ahí á la costa. Pero solamente ochenta mil partían, quedando los otros treinta á escoltar los bergantines, para cuando estuviesen terminados y Cortés pidiese su envío.

Dos caminos conocía Cortés: el que había seguido para ir á México por entre el Popocatepetl y el Ixtacíhuatl, y el de los llanos de Apan, por donde se retiró después de la Noche Triste. Este camino le presentaba muchos enemigos á su paso; el otro salía lejos de México sobre el lago dulce. Decidió atravesar la montaña y caer directamente sobre Texcoco, lo cual le proporcionaba dos ventajas de gran precio: entrar en un territorio que era continuación del de Tlaxcalla, pues sólo los separaban los montes, y quedar á orillas del lago salado frente á México, lago que dominaría por completo con sus bergantines. Además esa marcha daría los resultados de una verdadera sorpresa, á lo cual se agregaba que Cortés tenía indudablemente inteligencias entre los acolhua, pues recordaremos que Ixtlilxóchitl, él sí traidor á su patria, á su hermano y á su rey,

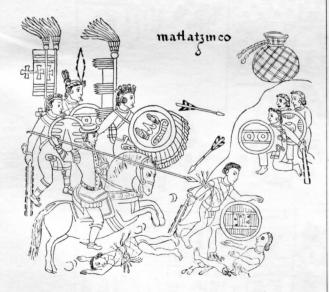
se le había ofrecido desde su desembarco, y bien clara se muestra en el relato del anónimo del códice Ramírez la existencia en Texcoco de un partido favorable á los españoles. Y no debemos olvidar el resultado importante é inmediato que traía la ocupación de Texcoco, pues destruía la triple alianza del Anahuac, y quitaba la mitad de sus elementos á México.

Salió el ejército el viernes 28 de diciembre y pernoctó en Texmelúcan. Al siguiente, sábado 29, se atravesó la montaña por las faldas del Telapón, el sendero más fragoso pero más seguro, pues nadie podía esperar



Coanacóchtzin

que se tomase tal camino: así es que ninguno se interpuso á disputar el paso. En el lugar llamado Tlepehuacán se presentó Ixtlilxóchitl á consumar su traición. El domingo 30 bajaron las fuerzas al llano, y ordenándose en su marcha forzaron una hueste no muy numerosa que á su frente salió, y fueron á dormir á Coatepec. El lunes 31, ya en marcha, encontraron á Cortés unos mensajeros acolhua que le manifestaron como los texcucanos no eran sus enemigos y que lo recibirían de paz. En efecto, Cortés entró sin resistencia en Texcoco; pero

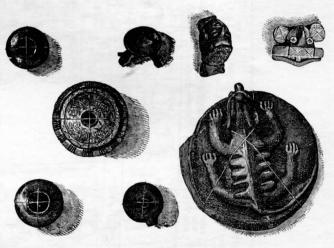


las calles estaban desiertas y no se le presentaron los señores; y á poco supo que Coanacóchtzin y gran número de los habitantes habían huído en canoas para México. Con tal motivo, y como por venganza, autorizó el saqueo de la ciudad, mandando tomar por esclavos á las mujeres y muchachos. Todo fué entregado á saco, inclusos los palacios que fueron incendiados, y los tlaxcalteca pusie—

ron fuego á los grandes archivos jeroglíficos, cuya quema se ha atribuído después al obispo Zumárraga. Cortés quería también vengar el desprecio conque Coanacóchtzin recibió una embajada de paz que le envió desde Tepeyacac, y la ofensa que le había hecho dando muerte á su enviado Cuicuitzcátzin, el mismo puesto por él de rey de Acolhuacán en lugar de Cacama. Sorprende de pronto que Coanacóchtzin no defendiera su reino; pero la verdad es que no era defendible por el lado



de la montaña y menos por el camino que hábilmente había seguido Cortés, y sobre todo, no contaba aquel rey con su pueblo, dividido por los trabajos de Ixtlilxóchitl. Por las pinturas del lienzo de Tlaxcalla se modifican algo estas noticias generales en las crónicas:



Dijes de los michuaca (De fotografía)

aparece que quisieron los acolhua cerrar el paso á Cortés en un lugar llamado Matlatzinco, y que hubo combate al entrar en Texcoco: se ve ahí á Ixtlilxóchitl auxiliando la entrada, y para expresar la toma y saqueo, se pone un caballo en el *teocalli* como en desprecio

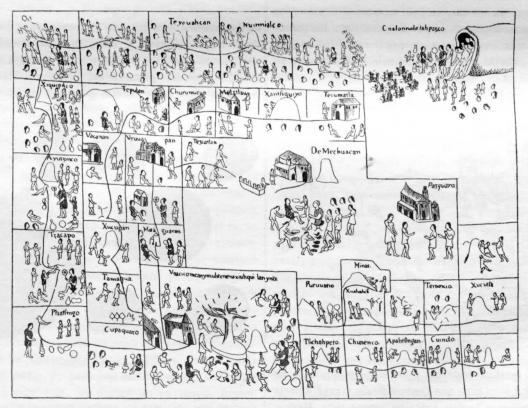
de los dioses acolhua. Los sucesos de esta manera nos parecen más lógicos.



No había cesado Cuauhtemoc por una parte de fortalecer su ciudad, y por otra de enviar constantes

(De fotografia)

embajadas en busca de aliados. Y como estuviesen ya cortadas sus comunicaciones por el oriente, pensando con razón que los tarasca eran un pueblo aguerrido y que tenía numeroso ejército, con cuyo auxilio podía contrarestar el de los tlaxcalteca, á pesar de las antiguas enemistades de Michuacán y México, decidió enviar embajada á solicitar su alianza. Fueron de ella diez mensajeros, quienes llegaron á Taximaroa manifestando que llevaban una comisión para el anciano Zuangua. Llevados á Tzintzúntzan y presentados al cazonci, fueron obsequiados con turquesas, plumajes, rodelas con cercos de oro, mantas ricas y maxtli, espejos grandes y pipas con tabaco para fumar. En seguida, y presente el intérprete Nuritán, dijeron los mexica que los españoles habían penetrado en México por sorpresa en tiempo de Moteczuma, pero que los habían arrojado matándoles muchos guerreros vestidos de hierro y que traían una cosa que tronaba como las nubes, y muchos animales como venados en los cuales montaban para pelear; que ya habían vuelto con los de Tlaxcalla y los de Texcoco para cercarles su ciudad de México; y que les pedían su ayuda, recordándoles que mexica y michuaca venían de un mismo origen. Zuangua los aposentó y regaló cumplidamente, y á su vez envió mensajeros con grandes regalos á



Lienzo del reino de Michuacán De fotografia)

Cuauhtemoc, para que les explicase su plan y viesen

enviados de Zuangua, y se les explicó cómo, atacando quiénes eran esos extranjeros. Vieron todo por sí los por una parte los michuaca y por otra los mexica,

acabarían con los españoles. Instruído de todo el cazonci, dijo á los mensajeros de México que decidía no auxiliar á Cuauhtemoc; que cada pueblo pelease en sus tierras, y que los michuaca defenderían la suya cuando fuesen atacados. Con esto quedó México sin tan importante auxilio. Y como por entonces llegó á Michuacán la peste de viruelas, murió de ellas el

viejo Zuangua, y en su lugar entró á reinar su hijo mayor Tangaxoán, por otro nombre Zinzicha, que fué el último *cazonci*. En esa sazón llegaron otros diez mensajeros de México, y el nuevo *cazonci* los mandó sacrificar, para que fueran á la mansión de los muertos á dar el mensaje á su padre.